

—¿Esta noche quieres hacer la vela?—repuso el nombrado.—¿Ya has pensado en lo que has dicho?

—¿Pues qué hay de nuevo?—replicó Moriz.

—Poca memoria es la vuestra,—añadió Pulgar.—¿No recordáis la visita de Nicolás Gutierrez?

—¡Bah! ¡bah! ¿Quién se acuerda de ello?—contestaron los dos compañeros.

—Pues mucho será que no haya quien haga acordarnos. No olvideis qué es lo que prometimos al amo de la casa y á ese bendito de Nicolás. Harto sabéis que les dimos palabra de dejar la casa desocupada para últimos de este mes. Estamos á 30, y aún no hemos pensado en dejarla ni en buscar otra.

—¿Pero y te parece que puede haber quien desee alquilar este caserón tan grande, pero tan desartalado y frío?—repuso Moriz.—Tengo para mí que sólo estudiantes son capaces de apechugar con este Cafarnahúm; y lo que es otros estudiantes, no nos van á sacar de nuestro escondrijo.

—Dios lo haga. Pero el Nicolás aquel, con su cara de Hermano del Santo Hospital... ¿qué queréis que os diga? me da miedo.

Y, en estas y otras razones, llegaron los tres á su casa. Dejaron los libros, abrieron algunas arquillas donde guardaban frutas secas, merendaron, y comenzaban ya á bajar

por la miserable y agrietada escalera, cuando oyeron que álguien de fuera subía llamando:

—*¡Deo gratias! ¡Deo gratias!*

—¿Quién hay? Suba quien quiera que sea —contestó Pulgar.

Asomóse Juan Moriz á la escalera, y viendo que el que subía no era sino el bueno de Nicolás, dijo á sus compañeros:

—¿No os lo decía yo? ¡Aquí le tenéis, voto á Brios! Aquí está el tío Nicolás. ¿No os lo decía yo?

—Con perdón de ustedes, —dijo el buen hombre al presentarse en el primer piso. — Aquí vengo á lo que ya saben ustedes.

—¿Qué diablos hemos de saber? —contestó Pulgar. — Usted nos dirá qué es lo que hay.

—Pues se lo repetiré, por si lo han olvidado. Que deben ustedes desocupar esta casa, como ya les avisó hace tiempo el amo.

—¡Pues no dice usted poco, mía fé! —refunfuñó Dña Sánchez. — ¡Desocupar la casa! ¿Y dónde diablos nos metemos? ¿Hemos de quedar en la calle? ¿Se figura usted, tío Nicolás, ó como se llame, que somos los estudiantes, gente de poco más ó menos?

—Guárdeme de creerlo así, señor Bachiller, ó lo que sea. Pero se les avisó á ustedes con tiempo; y lo han tenido de sobra para cumplir con la palabra empeñada.

—Está bien lo que usted dice —añadió Mo-

riz.—Pero bien se nos concederán algunos días de plazo para buscar otra.

—Imposible es lo que dice usted, señor mío —contestó el buen hombre.—Esta tarde misma ha de venir el nuevo inquilino á habitarla.

—¡Demonios! ¡Esta tarde! ¿Pero no puede aguardar á que pasen dos días siquiera?

—No señor. Es absolutamente indispensable que esta tarde quede esta casa desocupada, para que el nuevo inquilino venga aquí á pasar la noche.

—¿Qué diablo de inquilino será ese?—exclamó Moriz.—Le dirá usted que quien no teme ahogar así á unos pobres estudiantes, no debe tener gracia de Dios. Ganas tendría de conocerle para...

—¿Para qué, hombre, para qué?—contestó enojado el bondadoso Nicolás.—Acaso se arrepienta usted algún día de tan avieso pensamiento.

II

El nuevo inquilino, ó mejor dicho, inquilina—¿lo adivinan mis lectores?—no era otra que la venerable Madre Teresa de Jesús, la cual acababa de llegar al medio día, para fundar, también en Salamanca, un nuevo convento de Carmelitas descalzas.

Acompañada la Santa Madre de otra Religiosa, de más edad que ella, llamada Sor María del Sacramento, del amo de la casa y del bueno y cristiano servidor de las Religiosas, Nicolás Gutiérrez, se dirigió, cuando casi anochecía, al caserón que, mal de su grado y no sin gran resistencia, acababan de dejar los susodichos estudiantes.

Tal la habían dejado éstos, que no había que pensar en poner en seguida el Santísimo Sacramento, como acostumbraba hacerlo la Madre Teresa de Jesús en todas las fundaciones.

En aquella casa no había nada que estuviese medianamente aparejado para ser habitada por las Religiosas. La insigne Fundadora, que además de hallarse algún tanto enferma, había andado á pié, y con hartó frío, la noche anterior, descansando poco y mal en un lugar desabrigado y sin comodidad ninguna, contentábase con hallar una casa tan pobre y miserable, que hasta faltaba en ella lo más preciso.

Y como si eso fuera poco, aun había de haber quienes le disputasen la posesión de tan humilde retiro.

Como era la casa tan grande y había en ella tantos rincones y escondrijos, la compañera de Teresa de Jesús andaba recelosa de que los estudiantes, enfurecidos como estaban, no se

hubiesen escondido por alguna parte para asustarles durante la noche.

—¡Ay Madre!—le decía la Hermana María. —Mire V. R. que aquí no estamos bien. Ellos, créalo V. R., están muy enojados con nosotras; y cualquier cosa se puede temer.

—Calle por Dios Su Caridad—contestó la Madre,—y sosléguese, que nada de lo que teme sucederá.

—¿Cómo quiere V. R. que me sosiegue? ¿No lo ve V. R. todo abierto? Tengo para mí que no basta tener cerrada la puerta de la calle. Créame V. R., cerrémonos en un cuarto.

—Bueno, pues—contestó la Madre Teresa.—Nos quedaremos en la pieza dónde hay buena provisión de paja. Llevaremos las dos mantas que nos han prestado, y ya verás cuán regaladamente vamos á descansar esta noche.

—Yo no sé, se lo confieso á V. R., si podré dormir con el regalo que dice. Porque á aquellos malaventurados estudiantes los tengo metidos en la cabeza.

Fuéronse, pues, á la pieza dónde estaba la provisión de paja; cerró bien la puerta la Hermana María; se aseguró una y otra vez de que estaba bien cerrada, y con ello, al parecer, se sosegó algún tanto.

Sin embargo de esto, el miedo no la abandonaba aún. Todo era mirar y remirar á todos lados.

—¿Pero qué mira Su Caridad,—dijole la Madre—sabiendo que aquí no puede entrar nadie? ¿No ve que tal vez el demonio quiere reirse de Su Caridad, infundiéndole tanto temor? ¿Es que también quiere que yo tema, que bien podría ser, atendida mi flaqueza de corazón?

—Madre — contestó la tímida Hermana,— estoy pensando que si ahora muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola?

La Madre Teresa de Jesús pensó durante algunos instantes, que sería cosa harto recia verse allí sola al lado de su compañera difunta.

En aquellos momentos se oía el temeroso y fúnebre doblar de las campanas de la Catedral, conventos y parroquias de la ciudad. Aquellos centenares de acompasados y lastimeros tañidos que llenaban los espacios, como las voces lamentables de un gran pueblo que implora misericordia, parecía como si dieran más sentido, un sentido pavoroso y triste, á las palabras de la Hermana. Era aquella la noche de las Animas, y este pensamiento era bastante para que cualquiera circunstancia, aún la más insignificante, adquiriese las mayores proporciones, vistas al través del cristal de una imaginación sobrescitada.

Pero la Madre Teresa de Jesús, que conocía bien las tretas de que á veces suele servirse el

mal espíritu para turbar á las almas, contestó á la Hermana con estas palabras:

—«Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir» (1).

Y las dos religiosas se durmieron en seguida, sin que nada viniese á turbar la paz de un sueño tranquilo y reparador.

III

« Pasaron cuarenta años.

Veintiocho hacía que el alma de la insigne Fundadora había abandonado «esta cárcel y estos hierros» del mundo, por «aquella vida de arriba», como ella cantó admirablemente un día.

Un rayo de gloria celeste reverbera en el sepulcro de la Hija de Avila. Su cuerpo incorrupto, fresco y sonrosado, la suavidad y dulzura de olores que exhala siempre, los numerosos prodigios que obra, todo esto, y mucho más, no puede menos de escitar la admiración de todas las gentes.

La Santa Iglesia manda que se incoe el proceso de su Beatificación, tan ardientemente deseada por España y por todo el mundo católico.

Emperadores, príncipes y princesas, prela-

(1) Libro de las Fundaciones, C. X, 19.

dos, títulos de Castilla, catedráticos, militares, escritores, damas y caballeros, grandes y pequeños, acuden á la Santa Sede suplicando la Beatificación de la Madre Teresa.

Centenares de personas, de todas clases y condiciones, deponen á favor de las virtudes heroicas de la incomparable Virgen, en las informaciones que se abren en todas partes.

Los obispos españoles son los primeros en desear y pedir que se verifique pronto el gran suceso de la Beatificación de la Madre Teresa de Jesús, que tanta gloria ha de reportar á Dios, y tanto bien á las almas.

Entre ellos dirígese á la Santa Sede con el mismo objeto el ilustrísimo señor Obispo de Barbastro, de cuya carta tengo el gusto de dar á conocer á mis lectores este párrafo:

«Porque há cuarenta años, dice, que estudiando yo en la Universidad de Salamanca, salí de la casa en que vivía para que (Santa Teresa) entrase en ella á fundar un convento de monjas» (1).

¿Saben mis lectores quién es y cómo se firma este Prelado?

Pues no es otro que Juan Moriz, aquel Moriz de antaño, uno de los tres estudiantes que conocimos allá en Salamanca.

Y si mis lectores me preguntasen por los

(1) *Año teresiano*, tomo V, pág. 74.

antiguos compañeros del susodicho estudiante, á saber, Día Sánchez y Fernando Pulgar, cábeme la satisfacción de decirles que también tengo de ellos noticias fidedignas.

Aquel Día Sánchez de hace cuarenta años, llámase ahora Fray Tomás de Jesús, provincial de Carmelitas Descalzos, ilustre escritor de la Orden, varón insigne en letras y virtud.

¿Qué más? Aquel otro, llamado don Fernando Pulgar, hijo de Granada, según barruntos que tengo, es nada menos que rector del célebre colegio de su Orden en Salamanca.

Engolosinados los dos con la elegancia, pureza y suavidad de los libros de la Madre Teresa,—libros que tan subidamente les encareciera su maestro Baltasar de Cepeda, catedrático de prima de Gramática y Griego en Salamanca,—hicieron afortunadamente de ellos su lectura favorita; y fué tal la operación que ella hizo en sus ánimos, que no pararon hasta alistarse los dos bajo las banderas de tan elocuente como animosa Capitana.

¡Cuán cierto es que todos cuantos tuvieron la dicha de topar con la incomparable Virgen de Avila, sintieron los celestiales efectos de su maravilloso contacto, como aconteció á los estudiantes de Salamanca!

IV

Era el año 1875, cuando fui a visitar la cuna y el sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

Detúveme, como era natural, en Salamanca, para admirar los insignes monumentos del arte arquitectónico que embellecen todavía á la célebre ciudad. Ví, entre ellos, la antigua y famosa Universidad, entrando en el aula donde explicaba el sapientísimo Maestro y divino poeta Fray Luis de León, panegirista entusiasta del estilo castizo y elegante de Santa Teresa de Jesús.

Después de visitar el convento de Carmelitas Descalzas, fundado por la gran Reformadora, me dirigí—¿cómo no?—me dirigí hacia la *Casa de los estudiantes*, que es como se llama aún el caserón aquél, donde pasó lo que ya saben mis lectores.

Ya se comprenderá, sin que lo diga, el vivo interés con que, acordándome del referido episodio, registré todos los rincones del edificio, sombrío y destartalado aún entonces, pero embellecido, como siempre, por los suaves recuerdos que allí dejó Santa Teresa de Jesús.

Con íntima satisfacción ví aún las señales del sitio donde la Santa hizo poner el torno, desde el cual salí á un jardín, cuyas flores, acariciadas por un rayo de sol, me recordaron

los gustos sencillos y poéticos de la inspirada poetisa.

—¿Ya no hay aquí estudiantes, eh?—pregunté á la modesta y amable joven que me guiaba.

—Ni los queremos - contestó,—porque se portaron muy mal con Santa Teresa de Jesús.

—Sin embargo de ello—repuse—no faltarán personas que, si ahora no lo son, lo fueron antes, que vengan á visitar esta casa.

—¡Oh! Eso sí,—agregó la joven.—Casi todos los días he de hacer, aunque con mucho gusto, lo mismo que acabo de hacer con usted.

Al llegar aquí, me dice un amigo que en la *Casa de los estudiantes* se han instalado, hace algún tiempo, las *Hermanitas de los Pobres*, las cuales han tenido el feliz pensamiento de edificar su capilla en el cuarto ó celda donde habitó Santa Teresa de Jesús.

Haga la Santa bendita que se nos pegue algo siquiera de aquel divino fuego que la abrasaba, á cuantos leemos sus escritos admirables y nos consolamos con su dulce memoria.

FIN

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obrita titulada HISTORIETAS Y CUENTOS TERESIANOS, por D. Juan Bta. Altés, Pbro., mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de la obrita y entréguese dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 20 de Febrero de 1904.

El Vicario general,
Ricardo, Obispo de Eudoxia.

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M. de Ros, Pbro.

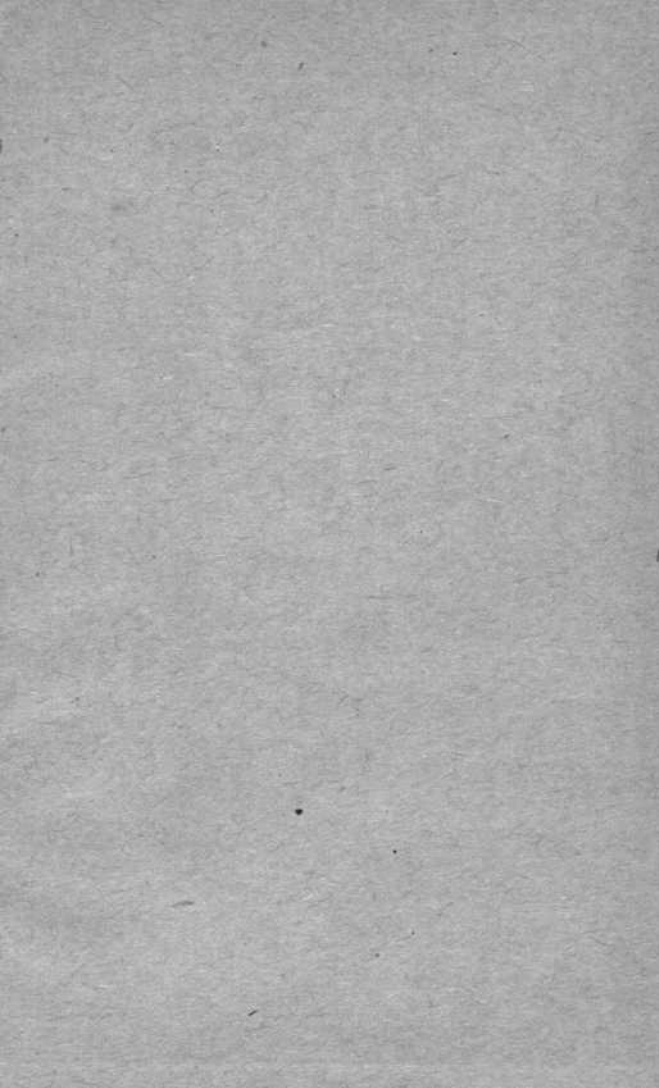
Secretario Canc.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Carta-prólogo	5
Lucila y Amelia.	17
El molde de Santa Teresa de Jesús	129
Con la miel ó con el fuego.	135
Beatriz.	140
Las llaves.	155
El bolsón de dinero	169
Elisa.	179
La Novicia fervorosa.	208
El parlero.	213
El pájaro de la jaula.	220
Doña Catalina de Sandoval	228
Damas y galanes	245
Un abrazo de Santa Teresa de Jesús.	252
La Cruz de caña.	258
El estudiante de Salamanca y Santa Teresa.	268
Un pintor de brocha gorda.	274
Friendo un par de huevos.	286
Santa Teresa de Jesús en la casa de los estudiantes de Salamanca.	292









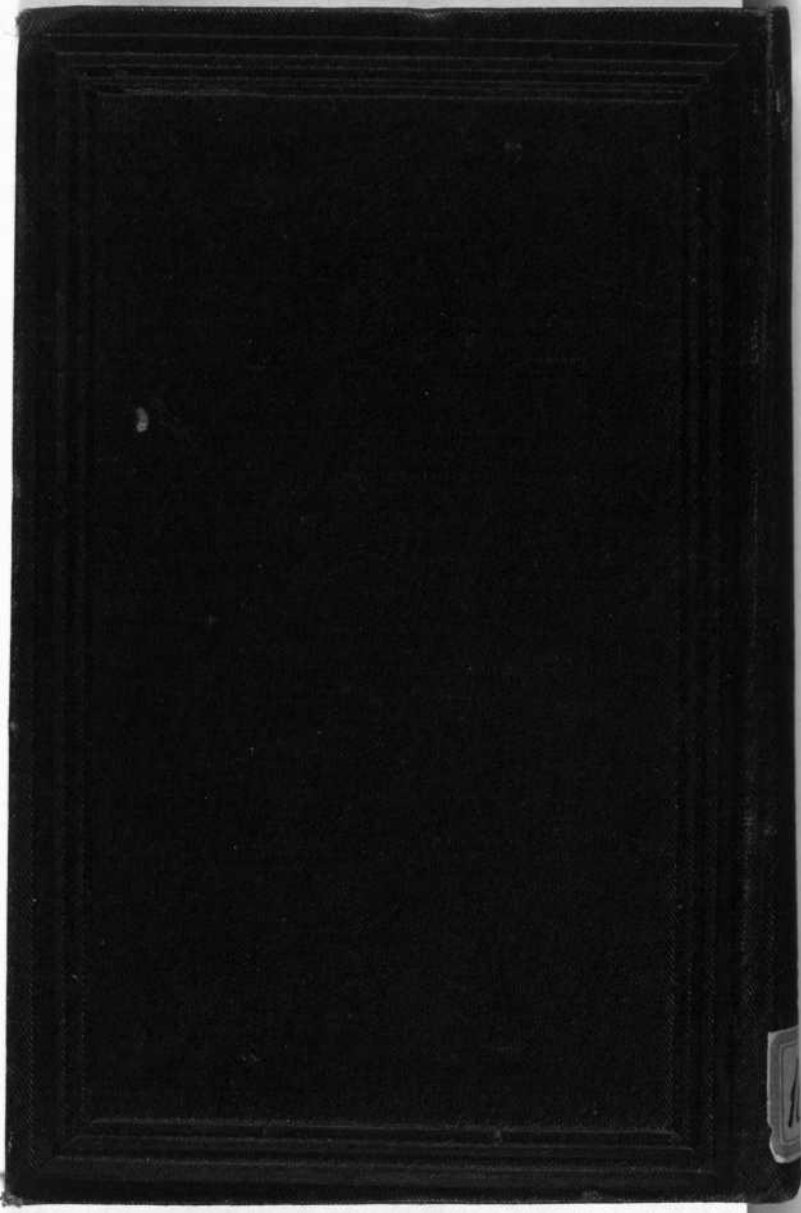
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	1667	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	12	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»



1661

Myiostoricietas

Curvirostris

Cerresianus